

Plaza. Esto hace pensar que se llamara también por algunos calle de Sanabrias a la de Santo Domingo y que pudieran ser suyas las casas de morada, es decir, de viviendas, desde la ermita hasta la casa del tío Laureano, que podría ser la de Isabel Millán.

Está bien probado a lo largo de estos apuntes, y todavía hay algunas bien características que lo demuestran, que las calles se conocían con el nombre de su vecino más calificado, como los parajes campestres con el nombre de su propietario. El mismo don Diego de Sanabrias, al concretar el lugar de la ermita, dice que está en la calle de Alonso Pérez de Villarta, nombre que no se halla hasta esa mención, pero es seguro y basta para corroborarlo, sin lugar a dudas, que el 6-11-1628, el cura Valdivieso vela a Fidel Val y a Isabel Calle, siendo padrinos Alonso Pérez de Villarta y María Oliva, su mujer, luego había en Alcázar ese apellido Villarta y existía el Alonso Pérez, que dio nombre a la calle de la ermita antes que la gente lo cambiara por el de Sanabrias y por los de Santo Domingo y Cárcel.

La referencia del fascículo mencionado es del 1750, cuando ya la posada se sabe que es de Pedro José Rioja, el dueño de Piédrola y las casas de las personas que se señalan.

En algún momento se tuvo el presentimiento de que la capilla del Hospital Viejo hubiera sido de Santo Domingo antes, pero no, porque eso se llevó desde la calle Resa y ya de aquella época, de 1749, hay recogido el detalle de que Francisco Antonio Saavedra Marañón, de la casa del Boquete, y Antonia Saavedra, hija de la Zúñiga, propietaria con Guerrero, Silva, Romero, Mercado, Peña y Mantilla, de las casas de la Plaza, se



Ermita y casa de Santo Domingo en su estado actual, vistas exteriormente, pues la casa es posada y la ermita pocilga de cerdos, como lo era la venta de Don Quijote en el Puerto Lápice, cuando se publicó la visita que Azorín le hizo acompañado del ilustre médico de la villa, don José Antonio Alarcón, que está en esta obra con porquerizo y puercos. Sabroso animal que aparece siempre hozando con su jeta los lugares más ennoblecidos y elevados por su tono espiritual, cuando los invaden las inmundicias.

Los propietarios de esta casa en el siglo pasado ya se sabe que eran los Condes, que no figuran en ninguna de las relaciones anteriores y, como el enlace de éstos se estableció con los Marañoses, hay que suponer que la tomaron por herencia de ellos, que a su vez la recibirían por el mismo concepto y por otro enlace colateral con las acaudaladas señoras que vimos en dicha calle un siglo antes, durante el apogeo de los Diegos, Barchino y Guerrero, entre la baraja de hidalgos de menos vuelos, pero muy aguilfeños de todas maneras.

La publicación de esta fachada permite